

Jan 1st, 4:00 PM

## Cholo/salvatracho

Horacio Roque Ramirez

University of California - Santa Barbara, drroqueramirez@hotmail.com

Follow this and additional works at: <http://scholarworks.sjsu.edu/naccs>



Part of the [Gender and Sexuality Commons](#), and the [Race and Ethnicity Commons](#)

---

Horacio Roque Ramirez, "Cholo/salvatracho" (January 1, 1996). *National Association for Chicana and Chicano Studies Annual Conference*. Paper 16.

<http://scholarworks.sjsu.edu/naccs/1996/Proceedings/16>

This Event is brought to you for free and open access by the Mexican American Studies at SJSU ScholarWorks. It has been accepted for inclusion in National Association for Chicana and Chicano Studies Annual Conference by an authorized administrator of SJSU ScholarWorks. For more information, please contact [scholarworks@sjsu.edu](mailto:scholarworks@sjsu.edu).

# VI

*NACCS Creative Corner,  
Short Story*

## *Cholo / salvatrucho*

**Horacio N. Roque Ramírez**  
University of California, Berkeley

### I

**E**stás muy consciente que son exactamente las 11:00 de la noche, domingo. Tu camisa Pendleton de mentiritas, de segunda, te cuelga muy bien, sobre tu espalda recta, como siempre lo has querido. Esta es la misma camisa con la que ya has logrado conquistas ... es la de la suerte, la que te deja memorias siempre que la usás. Sabés bien que ésta es la que tenés que usar esta vez, con todo lo que te espera.

Caminás sobre la Mission Street, sonriendo con picardía escondida, bien seguro. Una de esas brisas ricas de San Francisco te da la seguridad que no necesitás gorra hoy. Además, así te pueden admirar mejor tu cara desnuda, sin los lentes, los labios empapados de humedad nocturna. Listos. Si no llega el bus y seguís caminando, con el pisto te podés comprar otra cerveza.

Entre las calles 21 y 20 no se ve lo mismo de siempre a esta hora, la soledad semanal de la noche antes que comiencen de nuevo los ritos raciales de esta ciudad. En vez hay poca gente carcajeándose pero ya cansada, las últimas instancias de un fin de semana de supuesto orgullo carnavalesco amariconado de junio; los eventos de una liberación sexual que dicen que nació en el 69 pero que voz sabés muy bien que en realidad se hace y deshace a diario, donde sea, donde se pueda.

Unas cuantas lesbianas gringas obvias también se desparraman de la línea 14 sobre la calle para no volverse a atravesar por estos rumbos vestidas así hasta dentro de un año cuando regresen los turistas de Los

Angeles, los barbudos y los del cuero, todo sabor para todo gusto. Aquí se mezclan los mundos esta noche y vos sólo observás, tal vez por cautela ... o por vergüenza.

La emoción que cargás es algo obvia hoy, más de lo normal que se permite en público, o que permite la seguridad. El perfume fresco, el rico baño a la carrera, el resplandor de tu cabeza recién rasurada, un estilo de cholo falso, y la seguridad que este muchacho sí te va a querer. No podés creer que te habló a vos en el festival esta tarde, que te reconoció de Los Angeles y que te quiere ver esta misma noche con sus amigos en la discoteca. El se regresa la mañana siguiente, te dice, pues es parte de la migración maricona continua entre las dos ciudades. A vos no te importa mucho de dónde vino ni a dónde va. Reconocés que no hay tiempo que perder. El corazón te da saltos con más y más energía y las ilusiones no dejan de llenarte el espíritu. Esta noche vas solo con un destino bien cercano y te tragás el mundo entero.

Caminás una cuadra más. Otras figuras también salpican la calle obscurecida. La Mission no se ve ni tan muerta ni tan viva a menudo, pero no le ponés tanta atención. Medís cautelosamente el tiempo sobre tu muñeca, sin mover tanto la mirada, sonriendo de nuevo con vos mismo y calculando los minutos que le restan a tu camino. Tus dos aretes te responden muy bien: plata brillante en forma de dos aros que se gemelan al máximo, movidos por tus pasos con un balance rítmico que simula tu propio estilo, medio falso pero bien hecho. Esa perfecta línea vertical céntrica del cuerpo humano te sirve como eje preciso, como ancla de personalidad muy bien ensayada en público. Posiblemente un día te lluevan aplausos por tan perfecta modestia simulada.

Has dado cinco pasos más al llegar a la calle 19. Decidís del todo que no vas a esperar ni la línea 14 ni la 49. Tal vez al llegar a la 16, donde hay más luz y gente que admirar y que te admiren, cambiés de parecer. Y estarás más ansioso de volver a verlo a él: su cara redonda y suave, su cabeza, todavía más pelona que la tuya y linda. Su cuerpo entero de nadador pero lleno. Más que todo recordás el sabor de su sonrisa, como en sus labios se miden pocas palabras, ligeras y no muy profundas, pero suyas. Dirigidas a vos. Sí, a vos.

Continuás caminando, sabiendo muy bien que no debés acelerar en absoluto. Sólo un paso bien medido es el que menos atención te puede dar en estas partes de tu barrio. Ya casi cumplís los dos años de vivir aquí pero seguís pretendiendo que no es el tuyo. Tanto gringo metido en esta parte de la ciudad como que confunde al más seguro de los recién arrimados.

Son diez pasos adentro de la siguiente cuadra los que has dado cuando te fijás con el ojo izquierdo que al otro lado de la calle se encuentran cuatro o cinco cabrones, exactamente al frente de la licorería. Se ven jóvenes todos, cipotes pelones, entre los 12 y 18 años lo más. Normalmente, de día

y con más gente, no les ponés demasiada atención; el maricón regularmente se pierde en la masa urbana a diario por aquí sin mayor percance. Pero esta noche es un poco distinta: como en el día de las brujas cuando a los niño les recomiendan estar más alertas de lo normal, los días de festividad de este tipo de “liberación” siempre lo ponen a uno más cuidadoso.

Por ahora no te has colocado lo suficientemente enfrente para causar ninguna emboscada de miradas. Pero uno nunca sabe. Sabés que ya es demasiado tarde para no llamar la atención al darte vuelta para una de las otras calles y que no hay manera de evitar que te vean. Dos pasos más, un poco más adentro de la cuadra y con tu ojo derecho, sin quitarle la vista a los de la izquierda, distinguís seis o siete babosos a tu lado de la calle. Con cautela, tomás mejor control de tu ritmo, ni muy creído ni tan sonriente. Independiente, pensás.

Ahora sí les prohibís a tus aretes que se muevan tanto, que no digan nada, que no te dilaten de lo que sos y a lo que vas con tantas ganas. Tratás de no tomar ninguna posición exagerada, aunque tampoco dejás de querer sentirte un poco más machito que antes, lo suficiente para indicarles que no sos De La Hoya pero que tampoco sos maricón profesional. De repente te das cuenta que esta vez no hay salida y que sólo tu buen semblante de niño-vato bien portado y un poquito amanerado te puede salvar.

No permitís que tu mirada te lleve mucho más adelante. Si lo hacés, hay peligro de contacto directo. Sabés muy bien que no sos de aquí, que las fronteras se marcan de calle en calle, aunque tu ropa los engañe perfectamente a todos, menos a vos mismo. Otra vez te acordás que los disfraces en la discoteca son una cosa, y los de la calle otra. Pero vos seguís de necio confundiendo los dos en todas partes.

## II

Como cinco pies y once pulgadas mide su estatura-cinco más que la de vos. Lo medís cuando ves que se despega de la pared y de los demás y te corta el camino. Te sorprende como calcula todo tan bien. Tan ágil parece, pero también con tan fino estilo, que admirás su habilidad. Es suave, el bruto. Su forma es cuadrada, sólida pero no tan tosca. De cerca, huelés una fuerte muralla de cuerpo hecho en la calle con retos y pesas y balas y tacos y noches de profundo sereno de la Bahía. Se detiene en frente de vos, casi bien topado y suspirás con mucho miedo, bien desilusionado. Te tenés tanta lástima.

Con tu mirada todavía baja y sin querer mostrar temor, pensás que aquí te roban el poco pisto que traés en la cartera. Tu primer instinto es

ofrecerla con un poco de orgullo, como lo hicieron vos y tu primer novio en Los Angeles hace años, contentos de que la pistola gruesa que les pusieron en la cara no fue usada. Tal vez si le das lo que quiere evitás un pullón ... tal vez un tiro de cualquier calibre, salir limpio de una calle asquerosa con juventud de mierda, pensás. Pero no es tan fácil el bolado, no tan superficiales las diferencias. Y por más "tranquilo" que te hagás parecer, como que los pies ya no te funcionan muy bien.

Sentís que su aliento se empieza a mezclar con el tuyo aunque el de él te ahoga un poco, lentamente, y ni siquiera la loción que te hechaste o la obscuridad aguantan su fuerza. Se congela el tiempo. Son apenas milímetros los que gira tu cabeza al lado izquierdo, hacia atrás ... despacio. Te acordás de repente que antes corrías bien recio en la escuela y por las calles de Los Angeles-hasta en maratones. O que, en El Salvador, en el monte correteabas las vacas con tu chucho. Te maldecís a vos mismo por no saber mejor que siempre que uno entra a pedazos de noche como éstas, siempre piensa uno de donde viene y lo que no tiene ... lo que siempre has querido. Pero rápido despertás y reconocés que aquí son siete los que te saludan ... demasiados para correr. Tu mirada no puede girar al lado contrario porque su pecho es demasiado fuerte, demasiado encima de vos, de todo lo que sos, y a la brava quiere que lo reconozcás, que lo sintás bien, hasta que lo mirés. El está enfrente de vos y su posición ya es la tuya y la tenés que aceptar. Sí es tu barrio, ¿o es que ya no lo querés?

Segundos después su amigo entra en el acto. Rápido, un baile empieza, un trío confuso entre vos, él y su chero, sin saber quién sigue a quién, quién lleva; la música no es del todo audible y vos te cagás del miedo por los golpes que presentís. Algo te dice que lo querés tocar con cuidado, moverlo suavemente, que le regalás un abrazo o tal vez un besito caliente en su mejía derecha, para quitarle un poco de frío. O decirle que tal vez buscan algo en común vos y él aunque con disfraces distintos. Su mirada te duele, tan cerca y dura pero te imaginás que no se ve tan mal ... otra vez despertás.

"¿Qué pasó, puto?" te dice de bienvenida, muy cerca de tu oído, para que lo oigás vos muy bien, como un secreto de amantes.

"Hey, man, nothing's up," le contestás, seguro de que el tal "man" siempre ayuda a hacer comunidad donde sea y a toda hora, el language común de todos los pueblos del mundo. Le tirás las palabras medio a él y medio al suelo. Empezás a perder tu balance un poco, sin retroceder tan obviamente y a temblar en silencio como en tus tiempos de bronquitis aguda, cuando todavía creías que maricón que nace, maricón que se muere de SIDA.

"Hey, man, just fuckin' leave him alone, ése, just leave it, eeh ..." El otro intenta un auxilio, metiéndose entre ustedes dos. Te confunde esta plegaria. Sentís que querés llorar, que alguien quiere meterse por en

medio, entre “los dos cholos”—sí, pendejo, vos y él, ¿o ya no te gusta el disfraz? ¿Será que te quiere defender por tan triste debilidad, que el barrio cerote también siente compasión? Te ahoga tu propia saliva pero no podés tragar ... la garganta se te hace un nudo y no quiere que nada entre a tu cuerpo.

Continúan los tres el baile en la calle. Carros van y vienen, luces que iluminan la escena pero nadie se detiene. Aunque el que está menos bolo se encuentra entre vos y el alto, todavía sentís el peso del mero mero, sus músculos tan cerca de vos, tu mirada siempre baja con pena, con esa humildad de inmigrante que tan bien has aprendido. Aunque ya no estás totalmente pegado a tu contrincante, algo no te permite que lo perdás del todo, que te despegués por completo. Debe ser la estúpida idea de comunidad que tenés.

“No, man, fuck him ... Pinche puto ... He’s not supposed to be here ...” Otra vez te habla, con más fuerza y aliento que la primera vez, menos a tu oído y más a tu cara.

“Hey, man,” vos insistís, “nothing’s up ... “Querés dar a demostrar que sos chero del pueblo, que no te molesta mucho que ellos te hayan detenido un poquito, que siempre comés en lugares latinos y nunca pasás por Castro, Metrópoli del mariconerío gringo, sin escupir un par de veces. Pero tu voz es demasiado anémica, tan sedienta de fuerza. Ni siquiera podés suplicar. Otra vez te jode la memoria y te acordás que en El Salvador, a los maricones les dicen mamayitas.

“Leave him alone,” se mete el otro otra vez, “just leave hime alone ... He ain’t doing shit ... Let’s go ... Let’s just fuckin go ...”

El espacio entre los tres al fin se abre un poco, pero con cada intento tuyo de dejar la pieza se te impone el mismo cuerpo de siempre. A la izquierda, los tres giran por igual: vos, el matón y el rescate. A la derecha, también. Los otros cuatro permanecen inmóviles, todavía pegados a la pared con sus sombras quietas, obedientes pelones embrutecidos saber con que puercas ... licor, drogas ... saber que putás más ... testigos inertes ... Cómo te cae mal la gente que no hace ni mierda por nada ni por nadie. Qué desperdicio, pensás, y vos bien jodido y triste por no estar embolándote vos mismo ya con tu chulote japonés en la disco. Ojalá que no llegués tan tarde.

Por un momento como que todos se cansan del juego y sentís que tal vez sí hay una salida. Pero otra vez más te equivocás.

No sabés de dónde, pero de repente lo que después crees fue su mano derecha, te alcanza uno de tus ojos. Admirás el golpe. No podés entender todavía todo lo que está pasando. Te cae como trueno directo, como cuando uno peca, bien puesto ... como una oración compuesta de verbos activos que te dicen, “Puto.” No es mentira lo de las estrellitas que ve uno cuando

le joden la cabeza. La caricia que te dan te llega bien cerca de todo. Pero seguís de pie. Por burro.

Ya no te movés con la misma agilidad. Como que un pedazo de cara te cuelga. No sabés si es sangre o agua triste la que te sale del ojo. Le rezás al diosito lindo en el que no creés que no te vayan a agarrar todos de un solo ... que no te agarren de piñata pública. No podés creer que te han tocado tu cara así antes que tu chulito te vea esa misma noche. ¿Y si se te mancha la camisa? Qué relajo ... que te jodan tan feo camino al altar.

En la desesperación de buscar el tal por qué, te escapás por dentro. Quisieras besar al que trató de defenderte, por lo menos por su intento, darle un abrazote fuerte de bolos que se quieren, juntos en la causa. Y continuás insistiéndole a éste que "everything's cool, man, just cool, no big deal ..." Pero el otro te sigue gritando mierda y media, el que te dio tan violento cariño. Uno que otro golpe te cae después en los lados, lo poco que te pudo alcanzar ... para que te acordés.

Al fin, su amigo se interpone del todo y logra separarte. Notás que la mirada del dueño de los vergazos rejuvenece bastante. Agarra valor por su hazaña, por la conquista. Se le ve honor en la cara. Ya podés dejarlo unos pasos atrás y ves que no te sigue. Te ves un poco más perdido sobre la Mission que antes, como gallina media degollada buscando amparo en mágicas luces rojas y azules de carritos de policía. O tal vez en los deslumbrantes faros de luces blancas de los carros que pasan y que te pueden atropellar por meterte en medio de la calle, perdido en saber qué. Te ponés a pensar que ahora sí podés correr y que no estás en el suelo todo quebrado. Pero la vergüenza te detiene. Medio mirás hacia atrás para ver si el cabrón todavía quiere otro pedazo de vos, o si ya estás solo, si ya pasó todo.

### III

Levantás la mirada un poco y ponés los pies adelante en otra parte de la misma cuadra, en el mismo lado. Tu angelito de la guarda gordito que te separó del peligro te alcanza por detrás y te agarra, como para abrazarte. Quiere verte el ojo a la fuerza para ver qué pasó, pero vos no sabés si se lo querés enseñar. Como que la violencia es algo demasiado privado para andarla enseñando en público. Pero él insiste y te agarra más de cerca como si te quisiera dar un beso de cholos que no se recuerdan de nada de lo que hicieron la mañana siguiente, de los que no te gustan. Pero estás tan necesitado que dejás que te mueva la mano con la que te cubrís la mitad de la cara. Te arde bastante, pero más dolor te da la lástima que no dejás de sentir.

"Everything's cool, right man, just right ..." te pregunta bien rápido.



“Sure, man, “le decís, “everything’s cool, it’s fine. No problem.” Querés que te deje solo, que no te muestre tanta atención o lástima. Querés convencerlo, pero más que a él, te tenés que convencer a vos mismo.

“Alright, man. Cool.” Y sale corriendo, preocupado por lo que pasó, como si en verdad vos pudieras hacer algo.

Se te quitan las ganas de ir a preguntarle al que te pegó por qué puercas te tocó a vos, por qué si son tan cheros entre ellos no pueden compartir un poquito de calle, un pedacito. A la fuerza, con más determinación que antes, seguís con tu caminata nocturna. Ya pasaste por todo, pensás, y te preocupa que vas a llegar tarde a la disco, de dejar plantado a tu muñeco. Lo más importante por el momento es examinarte el ojo, el cachete y el oído. Que mierda que ninguno de los negocios en el camino tiene ventanas con espejos donde te podés ver la cara. Aunque la cabeza te pesa el triple, no sentís goteo de nada. No hay sangre en tu ropa y con mucho cuidado te revisás con la yema de los dedos el ojo. No sale nada, pero sentís las ganas de estallar.

Ignorás casi por completo el resto de las sombras que te encontrás en el camino. Te da pánico pensar que todos vieron todo y que saben lo que ha pasado. Con más agilidad al fin llegás a la 16 y la cruzas para esperar el bus con un grupito de gente. Un grupo de tres mujeres te alcanza. Ya no aguantás la falta de compañía y les preguntas si pueden ver algo en tu cara que muestre algo, si ven algo en el ojo. No te dicen mucho, sólo que se ve una cortadita chiquita cerca de la ceja, nada más. Vaya, hoy si quedás bien chulo con una cicatriz verdadera, lo que siempre has querido. La prueba contundente que el barrio te abre las puertas, que pertenecés.

Les agradecés por su fina gentileza de enfermeras callejeras y te alejás de ellas unos cuantos metros mientras llega el bus. Querés estar solo para pensar. Dos minutos pasan que se sienten como horas mientras no dejás de ver si por casualidad tus cheros te siguieron a la parada del bus, pero no se ve nadie. Al subirte al bus, también te alejás de todos y te emocionás que al fin vas a poder verte la cara vos mismo en el espejito redondo colocado arriba, cerca de la salida. Cuando llega el momento de bajarte para caminar las últimas cuadras hacia la disco, quedás sorprendido que casi no se ve sangre. Y tu cachete apenas tiene un color rosado que de seguro no se va a poder ver tan bien con poca luz. Y menos por gente tomada.

De la bajada del bus hasta la esquina de la disco sólo hay seis cuadras. Empezás a galopar con un trote rápido de desesperado, casi hambriento. No querés que el susto que acaban de darte mate la ilusión de verlo y de tocarlo y hasta con más ganas pensás que le vas a poder decir, “See, I’m here, I went through all this just to come and see you, my face all fucked up just to see you, to be with you.” Así tiene que ser, darle a conocer que te pongan lo que te pongan por enfrente, vas a llegar. Te tocás la cartera por

encima de la bolsa trasera de tus jeans mientras seguís caminando y te la sacás para ver que todo esté bien: tenés la licencia, el poco de dinero, el número de su hotel. Ya empezás a ver las luces de lo que supuestamente es el lugar a lo lejos.

Calculás que en menos de diez minutos vas a mostrar tus papeles de entrada, a pagar los siete dólares, a darles el brazo derecho para que te marquen con tinta imborrable en la parte suavecita, al revés de la muñeca donde dicen que se cortan las venas con mucha facilidad. Es un itinerario muy bien ensallado el que tenés para meterte adentro, pero si no tenés cuidado, esta vez se te pueden olvidar los detalles más importantes porque ya sabés con quien te vas a topar. La cabeza te sigue pesando, pero no te importa porque la meta está bien fija. Ya sentís que lo hueles.

Al doblar por la calle Harrison podés ver que las cuadras adelante están muertas, como las de la Mission. Dos cuadras más y todavía no se oye mucha bulla. No se ven las calles llenas de carros parqueados como siempre, los taxis acarriando gente de todas partes. Tampoco se ve la cola de gente que por general se alarga por la acera a estas horas. Qué raro, pensás.

Te acercás al fin al lugar al cruzar la última calle, pero no hay ruido. Unos cuantos carros te pasan bien cerca pero no les das importancia. No se ve nada ni se oye gente, ni música, ni chismes ... vaya ... La gran caminata y la pendejada está cerrada. Viaje por gusto.

Aquí sí te entra la desesperación. Te entra un coraje leve y empezás a contar tu dinero otra vez. Le llamás al hotel pero el operador te dice que nadie contesta en su cuarto. Ya casi es la media noche. Sí hace bastante frío en San Francisco en el verano y vos por coqueto ni te pusiste la gorra. Esta vez luchás para no dejar que la saliva te ahogue la garganta.

En unos cuantos segundos decidís terminar la noche donde muchos lo hacen, caminando ocho cuadras por otros rumbos, hacia el End Up. Ahí no hay cola, sólo sobras de las trasnochadas de maricones endrogados, varios cuerpos bien gastados moviéndose a un ritmo que a saber de dónde lo sacaron. Te vas directo a la barra a buscar la medicina infalible. Dos tequilazos bien puestos, una cerveza helada y unas cuantas lágrimas bien medidas y se te quita el ardor. Al fin podés empezar a reírte un poco. Un grupo de tres pelones latinos bien parecidos, con ropa no muy distinta a la tuya entran y se compran una cerveza cada uno. El de enmedio se te queda viendo por unos segundos y se lleva la cerveza a la boca cuando pasan en frente de vos. Te fijás bien como le cuelga una gota clara de cerveza del labio inferior antes de lambérsela con la lengua a la carrera. Está chulo.

You can't wait to let your ex know what happened that night, because you think that you'll feel closer to him somehow, 'cos he was a real cholo once, and for now, at least you belonged a little to that same crap: la

bendición y la bienvenida al mismo tiempo con un sólo vergazo. In your mind you're also already writing an e-mail to your friend in L. A., to give him another account of the City, what San Francisco is all about. Even though he's happily married with his man, you know he can always appreciate your boy drama. Besides, he was with you when you bought that Pendleton before you moved, so he has a right to know.

El siguiente día te llama el que nunca lograste ver esa noche. Se disculpa por haberte dado el nombre equivocado de la disco. Vos te reís un poco porque sabés que sigue siendo el chulote que te habló ayer por la tarde, con sus mismos labios gruesos, los mismos ojitos de niño. Le decís lo que pasó sin darle tanto detalle, más bien como aseguanza de que al llegar vos a Los Angeles te debe algo, aunque sea un besito en el ojo con la herida. Lo que sea. Todavía querés tener esperanzas de algo con él, o con alguien que por ahora se parece bastante a él.